



Wilmer Urrelo

Revoluciones musicales

Revoluciones musicales

Por Wilmer Urrelo Zárate

Todavía faltan tres minutos para las cinco de la tarde. Entonces te quitas el reloj de pulsera y lo guardas en el bolsillo derecho de la chamarra. Dentro del coche hace calor, muchísimo. Sin embargo, prefieres no zafarte de prenda alguna, quieres estar así cuando ocurra lo que tenga que ocurrir: al fin y al cabo fue ella quien te compró toda esa ropa a lo largo de estos años viviendo juntos. Te recuestas un poco en el asiento. Desvías la mirada casi de forma mecánica hacia la calle. Ahí está, sobre la calzada, el vendedor de CD piratas cuyo nombre nunca puedes recordar, pero de quien adquirieron decenas de veces música variada, desde los tangos de Ástor Piazzolla pasando por Luis Miguel y sus poses de mariconazo hasta llegar al último álbum de Julieta Venegas. Pensaste: ¿No se parecían las dos en cierta medida? ¿No se habían dado cuenta ambos de este detalle el otro día mientras veían en MTV un programa sobre su más reciente disco? Tal vez en la forma de hablar, en lo suavito de la voz, en la risa casi infantil. Y un poco en la cara también. Pero entonces volviste a poner atención en el vendedor. Ahí estaba como siempre: alto, flaco, con los pelos sucios y tiesos, además de esos bigotes espesos y desaliñados que parecían un gusano peludo. ¿Cuántos hijos tendría? Seguro que muchos, ¿no decían siempre que los pobres tenían hijos como los conejos?, ¿a montones?, ¿uno tras otro? Te los imaginaste a todos dentro de una habitación de paredes húmedas y piso de cemento. Una cama de dos plazas a un costado donde seguro el flaco dormía con la esposa y una mesa pequeña donde almorzaban, desayunaban y donde los chicos harían los deberes durante las tardes. Mesa que, era más que seguro, quitaban por las noches para tender los colchones o lo que fuera para que se fueran a dormir.

Volviste a ver el reloj. Ya no faltaba mucho. ¿Y si la llamabas? A lo mejor podría sospechar. Podría decirte: ¿pasa algo?, ¿estás bien? Preferiste no hacerlo. No

valía la pena volver a oír su voz. Además se lo habías prometido a Morote anoche: Nada de arrepentimientos a última hora, compadre, nada de sentimentalismos, ¿estamos? La última hora, la que estaba llegando. Optaste más bien por pensar en ella: no había cambiado mucho desde que se habían conocido y desde esa mañana de abril cuando se casaron. Seguía siendo la misma, pero era otra o en todo caso sería otra. ¿Tenía lógica eso? Con una media sonrisa pensaste en las frases de los autores de libros de autoayuda que ella leía con una devoción exasperante. Lo que habías pensado se parecía a eso. ¿No decían cosas obvias en frases más o menos complicadas para de esa manera aparentar profundidad? ¿Qué diría Carlos Cuauhtémoc Sánchez sobre lo que te estaba ocurriendo? ¿Paulo Coelho? Seguramente alguna bobería. O los muy pendejos podrían usar tu historia para escribir un nuevo libro y así ganar millones.

Sí, pese a los años ella no había cambiado. Era la misma físicamente, a eso te referías. Era la misma mujer de caderas delgadas, el mismo corte de cabello y la misma nariz recta y decisiva de la cual te habías enamorado. Porque tú eras así: las pocas veces que te habías enamorado lo habías hecho a partir de un rasgo físico en particular para luego recién abarcarlo todo. ¿Cómo te había dicho Morote que se llamaba eso el otro día cuando se lo contaste? No recordabas. Inclusive los ojos eran los mismos: oscuros y siempre curiosos. En alguna oportunidad ella había querido cambiárselos, ponerse unos lentes de contacto azules o verdes pero al final no se animó, por suerte.

Volviste a mirar al flaco. No sabías cómo hacía esta gente para estar sentada todo el día en la calle. ¿No se aburrirían? A lo mejor tendrían alguna técnica para evitarlo. Tal vez imaginar otras vidas. O pensar en la vida de las personas que compraban sus CD. ¿Habría hecho eso contigo y tu esposa en alguna oportunidad? Tal vez esa cortesía con que los atendía cada vez que aparecían frente a su puesto sólo era una actuación, una simulación, una estrategia. Era posible que luego, una vez que pagaban y se iban, el muy degenerado pensara en cómo te la tirabas todas las noches. En lo que a ella le gustaba en la cama. ¿Pensaría en tu esposa cuando estaba con su mujer? ¿Cómo sería ella? Seguro

que como la mayor parte de las mujeres pobres: las tetas caídas, las caderas rollizas y la boca desdentada. A lo mejor el flaco tendría que recordar las tapas de sus CD piratas para que se le parara: la imaginaria con el culo de Shakira, las tetas de Ashlee Simpson y el rostro virginal de Dido. ¿Habría reparado él también en el parecido de tu esposa con Julieta Venegas? Tal vez. Sin embargo, el que lo había hecho sin el menor reparo había sido Morote. Cuando le mostraste la foto de la cantante el otro día te lo dijo: se parece a tu esposa. Eso había sido un error. Mostrarle la foto. ¿Por qué tenía que conocer algo que compartías sólo con ella? ¿Por qué de pronto te había surgido esa necesidad de contarle a Morote todos los detalles de su vida en común? ¿No podías haberte quedado callado y sólo esperar a que simplemente ocurriera? Morote y su acento peruano. Morote y sus pelos parados y esos ojos rasgados de chinito. Cuando le dijiste que se parecía a Fujimori se enojó contigo. Eso es un insulto para mí, hermano, te dijo, más respeto. Y lo dijo con tanta furia que te asustaste y fue ahí, precisamente, en ese galpón frío y húmedo que casi das un paso atrás. ¿Qué estabas haciendo? ¿Cometiendo el error más grande de tu vida? En esa oportunidad miraste a Morote con calma. Era pequeño y de tórax estrecho: la clase de persona con la que jamás te juntarías en otras circunstancias. Siempre andaba nervioso y expectante: las cosas deben salir bien, te decía, hay que tener todo planificado. Calculaba todo con meticulosidad, te explicaba los pasos que iban a dar ese día (es decir, hoy) dibujando planos, mostrándote cómo iba a ocurrir lo que tenía que pasar con cajitas de fósforos y en algunos casos incluso haciendo efectos de sonido con la boca. Morote estaba convencido. Tú, pensabas, sólo buscabas una salida decorosa a todo lo que te estaba pasando. Sí, una salida fácil, sin complicaciones. Limpia. Sacaste una vez más el reloj. Ya casi era la hora. Lo volviste a guardar. Ahora alguien le compraba un CD al flaco. Era una jovencita con falda a cuadros y camisa blanca de hombre. La elección era obvia, pensaste, RBD. Grupitos de mierda, pensaste, de esos que de acá a diez años nadie recordaría por fortuna para la historia de la música. Viste pagar a la chica y marcharse guardando el disco en la mochila. El flaco observaba cómo se alejaba. Pensaste: una imagen más para

tus arrechuras nocturnas, flaquito. En eso sonó el celular. Lo tomaste del asiento del copiloto. Viste qué nombre revelaba el identificador: Batuque. No contestaste porque habían quedado en que sólo te haría timbrar, nada más. Era Morote. Morote que ya estaba en el mirador de la ciudad con la cámara de vídeo que le habías comprado. Listo para filmar. Él mismo te había pedido que le pusieras ese nombre en la agenda del celular y cuando le preguntaste si era su nombre de guerra él rió divertido. Te dijo que no. Te contó que era el nombre de un perro que aparecía en alguna novela de un escritor también peruano a quien en los años ochenta él tendría que haber matado porque estaba en la lista negra de Sendero Luminoso. Te contó cómo le había hecho el seguimiento, cómo sabía las cosas aburridas que hacía, las novelas que escribía, los lugares que frecuentaba. Te contó también con desilusión cómo habían abortado el plan no sabía muy bien por qué y cómo desde ese día tenía una fijación con él: algún día mataré a ese maldito, te dijo. No te acordabas del nombre del escritor, pero estabas seguro que era conocido. Al recordar este episodio pensaste en la peligrosidad de Morote. ¿No era Sendero Luminoso un grupo terrorista? Cuando te contó esa parte de su vida, luego, habías investigado por Internet. Era un grupo ya acabado, terminado, casi extinguido. ¿Por qué entonces Morote seguía creyendo? Nunca quiso decirte y tú te molestaste por eso. ¿No le habías contado las razones que te impulsaban a hacer lo que estabas haciendo? ¿No podía haber hecho lo mismo? En esa oportunidad Morote te dijo que respetaba las decisiones de los otros hombres. Cada quien hace su lucha a su modo, te dijo. ¿Pero cómo lo habías conocido? Volvieron hasta ti la noche en que saliste de ese bar borrachísimo luego de enterarte de toda la verdad, de esa verdad que te había atormentado desde que la conociste y que estabas seguro te atormentaría tan sólo hasta hoy. Habías estado bebiendo desde la mañana, primero en lugares más o menos decentes y poco a poco habías ido descendiendo de escala hasta llegar a un lugar llamado *El sapito en su charco*. Era un bar estrecho y mugroso, donde los borrachos tenían que beber no en mesas sino sobre tablones adosados a las paredes. Ya de madrugada saliste tambaleándote por una callecita empedrada y con un solo poste como toda

iluminación. Y fue entonces cuando lo viste. Morote estaba apoyado contra una pared, sosteniendo una caja que contenía corbatas lustrosas y de colores estrafalarios. El peruano te miraba con fijeza. Cuando te vio caer se acercó a ti con calma y te dijo: ¿estás bien? Cuando oíste su acento peruano creíste que iba a matarte. ¿No decían que la ciudad estaba llena de ladrones peruanos? ¿De bandas de asaltantes? ¿Incluso de secuestradores que eran capaces de torturarte por el PIN de tu tarjeta de débito? Quisiste ponerte de pie y correr pero ya era demasiado tarde: Morote te había alzado como a un costal de papas y lanzado al hombro, cosa inimaginable estando sobrio, pues tú medías casi un metro ochenta y Morote apenas llegaría al uno sesenta con mucho esfuerzo. Pero lo hizo de alguna manera y tú, a partir de allí, sólo recordabas una cama dura y una ventana estrecha y sin cortinas por donde se filtraba la luz amarilla y sucia del alumbrado público.

Entonces el celular volvió a tocar.

El identificador decía Batuque una vez más. Eso quería decir que Morote ya estaba solo, que no había nadie cerca de él y que empezaba a grabar. Habían quedado en que haría esa segunda llamada para que lo supieras, tan sólo para que estés tranquilo. Recordaste el miedo que sentiste ese día cuando recobraste la sobriedad y lo viste oteando por la ventana. Te había atado a una desvencijada cama de hojalata (o por lo menos sonaba así cuando te movías) y cuando oyó tu voz giró para decirte que estabas retenido (no secuestrado) sino retenido por las Fuerzas Armadas Peruanas Revolucionarias en el exterior y luego recitó una sigla con orgullo: Fapre. No tengo dinero, le dijiste, y él te dijo: No queremos tu dinero. Y fue entonces cuando te contó el plan o el operativo, como le gustaba llamarlo. Tú escuchaste todo con calma, sin entender algunas cosas: cómo se habían enterado a lo que te dedicabas, dónde vivías, el seguimiento que te habían hecho, los insumos (dijo insumos y no ítemes, como acostumbrabas a llamarlos tú) que manejabas en tu trabajo. Te pidió calma. Te dijo que no te harían nada si colaborabas. Tampoco a tu esposa. Ella está bien, te dijo, y estaría bien en el futuro: eso dependía de ti, por supuesto. Sólo querían la dinamita, nada más, y también el silencio, se entiende. Entonces explicó el

plan. El edificio, el lugar donde debería ocurrir. Enmudeciste: ¿ahí?, ¿en ese lugar? ¿Por qué ese edificio?, y entonces le contaste: trabaja allí, mi esposa. Morote no contestó, se pasó los dedos por la barbilla: Como marxista-leninista-maoista, pensamiento Gonzalo no debería creer en la mala suerte, te dijo, pero a veces ocurre. Antes la sacas de ahí con alguna excusa y listo. No tenemos problemas con eso. Entoces te pusiste a llorar. No lo viste en ese momento, pero Morote te observó con desprecio. ¿Es que nunca había visto llorar a un hombre? Tal vez era un tipo duro. De esos que no se quiebran ante nada. Pero luego de un tiempo se acercó a ti y ordenó que callaras. ¿No veía que se estaba humillando? ¿Por qué la pequeña burguesía no tiene dignidad? Cuando callaste le explicaste todo. Le dijiste lo que había ocurrido. Las cosas que no querías que pasaran con el tiempo. Le dijiste que no tenías el valor suficiente para soportarlo, para enfrentarlo. Que por eso habías estado bebiendo desde tan temprano y en esas cantidades. ¿Comprendía? Morote escuchó tus palabras sin cortarte, tan sólo parpadeó un par de veces en todo ese tiempo y fue entonces cuando te dijo: demuéstrame que es cierto. Le pediste que sacara la billetera del bolsillo trasero de tus pantalones. Que buscara. Morote analizó cada uno de los papeles hasta que se topó con uno azul. Lo leyó con detenimiento, unas tres veces, moviendo los labios muy quedito cuando pasaba por alguna frase. Luego te miró y te dijo con frialdad: eso no importa. Quisiste ponerte de pie para golpearlo pero estabas demasiado bien atado. ¿Nunca se había enamorado? ¿Nunca le habían pasado cosas con una mujer? ¿Nunca había querido a alguien? Morote no dijo nada, tú respirabas agitadamente, hubo un silencio largo y demoledor y no supiste en qué momento se te ocurrió la idea. Entonces se lo dijiste. Él te dijo que las cosas personales no le importaban. Bastaría con no decirle nada y listo, te dijo, con no avisarle lo que pasaría, con sacarla a tiempo con cualquier excusa. Luego te preguntó si ayudarías. ¿Qué otra opción tenías? ¿No era lo que habías pensado hacer desde que te enteraste de la noticia? ¿No eran Morote y su plan sólo un aditamento a lo que ya habías decidido? ¿Una pieza final? ¿Y qué con las otras personas que trabajaban con ella? Morote te dijo: en toda guerra siempre hay bajas. Entonces dijiste que sí.

Esta vez sonó la alarma del celular.

Sólo faltaba un minuto. Echaste una mirada final al vendedor de CD: seguía ahí, impertérrito, con la mirada clavada en la nada. Luego pensaste en Morote y en el nerviosismo que seguramente lo estaría invadiendo en este momento. Pensaste en tu esposa y en ese parecido a Julieta Venegas. Entonces sacaste el otro celular de la guantera. Lo encendiste. Buscaste el único número que tenía grabado en la sección de directorio: Julieta. Encendiste el coche y partiste. Te alejaste. Estacionaste cinco manzanas más allá del edificio donde, en este momento, tu esposa trabajaba y en cuya puerta de ingreso el vendedor de CD imaginaba las escenas morbosas que protagonizaban sus clientes. Mientras el dedo pulgar de tu mano derecha apretaba el botón que decía *yes* del celular pensaste en ese papelito azul que, meses atrás, habías hallado debajo del colchón y que tu esposa jamás te mostró. Ese papelito que la condenaba a morir con lentitud y sufrimiento, esas letras en Verdana que decían que su muerte estaba próxima: una muerte escandalosa, rodeada de algodones (imaginabas), tubos transparentes, olor a alcohol y sudor, jeringuillas desechables, nalgas llagadas, estómagos destrozados, cabelleras inexistentes, venas escurridizas. Recordaste al fin los 500 kilos de dinamita y anfo metidas en las cajas que habían sacado junto a Morote dos noches antes de las bodegas que estaban a tu cargo, y que ahora se encontraban en la parte trasera de una Van celeste que el peruano había conseguido vaya uno a saber de dónde y que se hallaba en el estacionamiento subterráneo del edificio. Recordaste, mientras en la pantalla del celular salía el texto que decía *llamando*, el intrincado sistema electrónico del cual Morote se sentía orgulloso y que estaba conectado a las cajas, y que las haría explotar, recordaste también que el *ring tong* que habías programado en el celular (y que estaba en el piso de la Van) era, precisamente, una canción de Julieta Venegas.